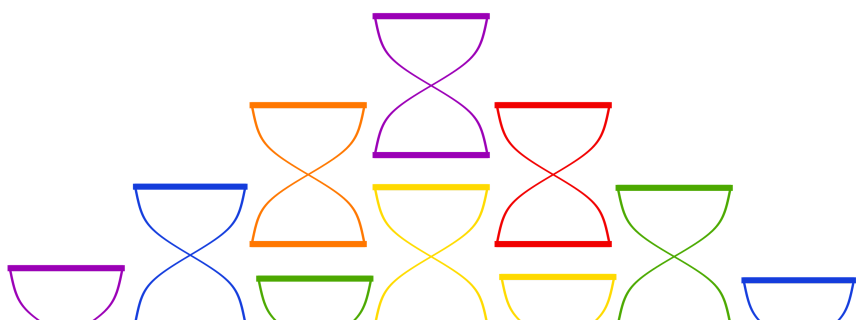


ARTÍCULOS



EL ASESINATO DEL PADRE PRIMORDIAL COMO FUNDAMENTO PSÍQUICO DEL ESTADO

Juan Cruz Klor & Sebastián Matías Figueroa



HETEROCRONÍAS
FEMINISMOS Y EPISTEMOLOGÍAS DEL SUR

EL ASESINATO DEL PADRE PRIMORDIAL COMO FUNDAMENTO PSÍQUICO DEL ESTADO

Juan C. Klor y Sebastián M. Figueroa ^a

^a Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Córdoba

Abstract

The purpose of this paper is to investigate the way in which the Hobbesian state of Leviathan has a connection with the Freudian culture model present in Totem and Taboo and in The Civilization and Its Discontents. In both authors lies the idea that, both the state and the culture come from a totalizing impersonal entity. To do this, at first, we will elucidate the concept of cultural superego and its relationship with the figure of Leviathan. Subsequently, we will analyse the murder of the father by the primordial horde, the totemic banquet and its link with the concept of state by assimilation.

First, we address the concept of Leviathan for Hobbes. For the author, the Leviathan is an entity formed from unified wills through a contract that gives the subjects security and trust. To explain the rise of Leviathan and the appearance of the modern state, Hobbes theorizes about a mythical moment of state of nature. This state is without order, morality and ethics; and has an exacerbated and violent individualism. A lack of a unified power that governs and limits the actions of citizens cause this state. The subsequent assimilation of individual wills in a totalizing entity - as is the Leviathan - mitigates the fear of being attacked and killed by others. The Leviathan, therefore, stands as an artificial God, who imposes order, providing peace and security.

Secondly, we make a comparison of the notion of culture in Freud and the Hobbesian state. These concepts have points of contact and similarities, prima facie. However, the main divergence is that for Freud, culture finds its genesis in the fantasized repetition of the murder of the father by the primordial horde. That is, it is a very impulsive act. While for Hobbes, the primary point of the state has a social contract determining it, this being a rational act. The most notable coincidence is that both - the father of the horde and the Leviathan - exert power through force. Therefore, the fear produces the state and the culture. For us, that fear is one of the psychic foundations of the state.

Subsequently we make a comparative analysis between the concept of cultural superego and Leviathan. We understand that both fulfill, in these authors, the same



function: to be the agglutinating totalizing entity of the state. Consequently, they are a necessary condition for the conformation of the modern state and culture. However, it would be wrong to understand these terms as synonyms. The big difference between the two is some person are personifying and materializing the Leviathan. The Superego is the introjection to the murdered father's psychic apparatus. We understand that the Oedipus complex plays a decisive role here.

Finally, we will work around the unconscious vestiges that serve as a psychic support for the state. For Freud, the murdered father is who allows the introduction of the law into psychic through the awareness of guilt and punishment. While for Hobbes "the state is all", for us, the state is part of all. The subjects introject the law that allows us to live in society under the primacy of a state. If the law is absent, as a psychoanalytic term, there would be no psychic structure that allows the state to be sustained in the psyche. The psychic material resulting from the conflicting oedipal and the unconscious vestiges from the guilt conscience for the murder of the father are the main psychic foundation of the modern state.

The unconscious embed the state, this is a non-rational psychic foundations. This allow the assimilation of the state as a supreme entity, dispenser of protection, and punishment before the breach of the law. In psychoanalysis, this is the role of the father.

Keywords

<Modern State> <Leviathan> <super-ego> <father's murder>

Resumen

El presente trabajo tiene como finalidad investigar el modo en el que se relacionan el estado hobbesiano del Leviatán y el modelo de cultura freudiano presente en Tótem y Tabú y en El malestar en la cultura. En las tesis de ambos autores subyace la idea que tanto el estado como la cultura se conforman a partir de un ente impersonal totalizador. Con el fin de establecer la relación, elucidaremos el concepto de superyó cultural y su conexión con la figura del Leviatán. Posteriormente, se analizará el asesinato del padre por la horda primordial, el banquete totémico y su vínculo con el concepto de estado por asimilación.

Palabras claves

<Estado moderno> <Leviatán> <superyó> <asesinato del padre>

1. Introducción

El presente artículo aborda una relación ya trabajada por diversos autores a lo largo del tiempo, en diversos contextos socio-culturales y planteados desde diferentes disciplinas científicas. La pregunta acerca de la relación entre el contractualismo hobbesiano y los postulados sobre cultura y antropología en la obra de Freud han dado

lugar a las más diversas conclusiones. Tal es el caso de Ilivitzky (2019) quien aborda las perspectivas filosófico-políticas sobre Sigmund Freud. En su trabajo se puede leer un acabado análisis en torno a *El malestar en la cultura* y la relación de este texto con filósofos diversos que van desde Platón hasta los autores del contractualismo. Sin embargo, su intención de posicionar a Freud como un filósofo político deja de lado los interesantes aportes teóricos que puede hacer el psicoanálisis en tanto metapsicología al contractualismo hobbesiano. Desde nuestra perspectiva, en el citado texto es la figura del mismo Freud la que interrumpe lo que del diálogo psicoanálisis-contractualismo se puede obtener. Ilivitzky (2019) permanece en el orden de la utopía. Propone que a causa de la desproporcionada fuerza de la pulsión de muerte desplegada en la Segunda Guerra Mundial y sus nefastas consecuencias se generó y -se sigue manteniendo- la segunda vía de sublimación de la pulsión de destrucción planteada por Freud. Esta vía permite contener la agresión característica del ser humano por medio de Eros, dando lugar a un estado de paz y armonía como destino de la Humanidad.

Alejándonos de la utopía y de la figura fetiche de Freud en tanto pensador contemporáneo, pretendemos, en este trabajo, abordar la relación del *Leviatán* y los textos antropológico-culturales de Freud desde los aportes que la teoría psicoanalítica, presente en estos últimos, puede hacer a la filosofía política de Thomas Hobbes.

Otro caso es el del trabajo que nos presenta Reano (2009), titulado *Thomas Hobbes y Sigmund Freud: pensadores del (des)orden*. En este se puede ver que la cuestión central a tratar es la del caos. El autor afirma que la horda primitiva constituye el paradigma de desorden y que la regla que dirige dicha sociedad primitiva viene dada con el orden contractualista que propone Hobbes. En este punto, coincidimos en su primera formulación, no así con la segunda. A partir de la lectura que hacemos de los textos antropológicos de Freud entendemos que el orden no es una mera cuestión de acuerdo entre los miembros del clan, es decir, no es una cuestión racional como plantea el contractualismo hobbesiano. El orden es producto del horror que implica un acto totalmente pulsional: el asesinato.

Continuando con las lecturas que trabajan la cuestión del psicoanálisis y el contractualismo encontramos el trabajo de De La Fabián (2014), quien desarrolla a lo largo de su producción la relación entre ley y sacrificio. Este autor plantea al orden como un producto del sacrificio permanente de determinados sujetos que conviven bajo estados de corte liberal. Desde su perspectiva, la cuestión planteada por Freud en *Tótem y Tabú* legitima acciones sacrificiales que el liberalismo repite como único pilar de orden y paz.

En este sentido, cabe decir que coincidimos con De La Fabián en su propuesta, puesto que sabemos que todo postulado teórico sirve como un legitimante de la hegemonía capitalista. Sin embargo, entendemos que en el postulado del asesinato del padre y el banquete totémico Freud despliega todas sus teorizaciones merced de una arqueología antropológica con un objetivo netamente metapsicológico. De esta forma, no se trata de la repetición del sacrificio que produce retroactivamente la ley sino que constituye una vivencia psíquica de un crimen mítico. Este tiene rigor de verdad a nivel inconsciente. Es dicho crimen, anclado al complejo de Edipo, el que viene a dar orden, pero no cualquier tipo de orden sino un orden psíquico.

Entendemos que es necesario salir de las miradas filosófico-políticas de estos textos freudianos y ahondar en lecturas psicoanalíticas de la conformación y los fundamentos psíquicos del Estado.

2. Leviatán

La cuestión del vínculo entre filosofía y política ha marcado los debates a lo largo de la historia del mundo. Sin embargo, es Thomas Hobbes quien inaugura el tratamiento de la filosofía política moderna. A partir de sus aportes es que comienzan a organizarse los estados modernos alrededor de acuerdos expresados, por ejemplo, a través de constituciones y legislaciones.

En 1651, Thomas Hobbes escribe y publica *El Leviatán* en un contexto de guerra civil, lo que permite destacar más claramente la necesidad de un orden total ejercido desde un estado. Este tiene su origen en el paso mítico del estado de naturaleza a la conformación de acuerdos entre individuos. El acuerdo surge a causa del miedo que se tiene del otro en el estado de naturaleza. Hobbes indica que en el estado de naturaleza los límites del bien y el mal se encuentran difusos, y los hombres vivencian un sentimiento de desconfianza hacia sus pares. Esta desconfianza es la génesis de las guerras.

En el estado de naturaleza, tal como lo describe Hobbes, hay una ausencia de poder unificado que rija las conductas de los individuos y elimina gran parte de las dicotomías que ordenan los poderes democráticos actuales, por ejemplo, la dicotomía propio/ajeno. En ella vemos lo que el autor plantea al caracterizar el estado de naturaleza. En este lo que comanda las acciones son las necesidades vitales y la fuerza. Para conseguir todo aquello que las satisfaga no hay ley que proteja ni limite las acciones.

Tampoco hay una ética común que ordene y diferencie lo lícito de lo ilícito. Es decir, sin estado no existe propiedad privada.

Lo que plantea Hobbes como salida al estado de naturaleza es el Leviatán, un estado de individuos unificados mediante un contrato que regula, limita y proporciona seguridad. La génesis del Leviatán está marcada por una búsqueda de la paz frente al miedo que la muerte por asesinato despierta. La elección de la figura del Leviatán le permite a Hobbes marcar los lineamientos del estado moderno. A partir de las características de dicha figura le es posible legitimar poderes y sectores del estado, así como la generación y forma de las leyes.

2.1. La figura del Leviatán y el contractualismo

La figura del Leviatán, tomada por Hobbes del *Antiguo Testamento*, más precisamente del libro de Job, es un ser marino perteneciente a la mitología hebrea caracterizado por ser una mezcla entre serpiente y cocodrilo. La criatura habría sido creada por el mismo Dios. En el libro se describe al Leviatán como un monstruo marino invencible y con un poder inigualable. *“De su grandeza tienen temor los fuertes y a causa de su desfallecimiento hacen por purificarse”* (Job 14:25, Reina Valera 1966). Vemos cómo el poder de la figura del Leviatán no sólo ordena al mundo real, sino también al espiritual. El temor infundido ordena no sólo el Estado, sino también la religión. La relación entre estas últimas es abordada por Hobbes en el capítulo titulado “De un Estado cristiano” cuya temática excede el estudio del presente trabajo. El Leviatán no sólo es invencible, es único, su poder es total y nada sobre la tierra puede resistírsele. *“No hay sobre la tierra quien se le parezca, animal hecho exento de temor”* (Job 41:33).

Como queda dicho, la figura del Leviatán representa en su totalidad al Estado Moderno. Para Hobbes, la generación del Estado se da por la subordinación de las voluntades individuales por una común, que es la que ordena las relaciones entre los individuos. En este sentido, la voluntad común implica que un ente totalizador me gobierne bajo mi consentimiento, exigiendo a cambio que todo el resto se subordine también a este. Todos los miembros de un Estado limitan su poder y su libertad para otorgarla al Leviatán. El poder del Estado es tal que la obediencia es producto del miedo al castigo. La existencia de los individuos del Estado moderno pivotea entre dos miedos. El primero, el miedo a la muerte por asesinato de otro miembro conduce al contrato social

que forma al Leviatán. El segundo es producto del contrato existente, ya no debo temer ser asesinado. Mi temor es saltar la regla, asesinar yo a otra persona y ser castigado.

En resumen, el Leviatán es un Dios mortal. Por encima de él sólo encontramos al Dios inmortal. Para Hobbes, el Leviatán es un ente artificial, remarcando la supremacía de lo artificial por sobre lo natural, en donde lo primero es orden en contraposición con el segundo que representa al caos.

2.2. Estado por adquisición

La promesa del estado por adquisición es la de salvar las vidas de los individuos. Es por eso que los miembros se rinden ante el poder de un individuo que sostiene dicha promesa. El autor plantea que la constitución de un estado se da por dos vías. La primera es el ya mencionado estado por adquisición, mientras que la segunda es la del estado por institución. Esta última se caracteriza por la conformación del estado basada en el miedo de los unos hacia los otros, dando lugar a un ente que circunscribe las relaciones y genera el orden.

Es notorio el vínculo que establece Hobbes entre el estado por adquisición y el padre de familia. En ambos casos, la obediencia es producto del sometimiento de los miembros del estado o de los hijos, cuestión de dominio paternal y dominio estatal. El primero se trata de un dominio adquirido por procreación, es decir, el hijo consiente el dominio paterno más allá del vínculo de sangre. Al padre le pertenece el hijo y todo de lo que este proceda. En segundo término, el dominio del estado por sobre los individuos es descrito por Hobbes como dominio despótico, es decir, adquirido por conquista o por la victoria en la guerra. Se caracteriza por erigir al estado como amo del resto de los individuos. Así, entendemos que el dominio despótico se fundamenta en el asesinato de un Leviatán que luego es reemplazado por otro, incorporando sus súbditos por medio del miedo al Leviatán vencedor.

3. El asesinato del padre primordial

Antes de abordar directamente las formulaciones freudianas acerca del crimen y la culpa como ordenadores del psiquismo de los pueblos, posteriormente trabajado en *Psicología de las masas y análisis del Yo*, cabe desplegar algunas ideas importantes

trabajadas por Freud en *Tótem y Tabú*, el primero de los trabajos sobre la cuestión de la cultura, los mitos y su impacto en la estructuración psíquica.

En *Tótem y Tabú* el acento parece ponerse, *prima facie*, en la cuestión de la antropología de los primitivos. Freud le dedica tres de los cuatro capítulos de su obra a este tema, apareciendo en estos lateralmente y a modo de conclusión de sus formulaciones psicoanalíticas. En primera instancia trata la cuestión del tótem, de su función en las sociedades primitivas y una introducción de la prohibición del incesto. Como bien sabemos, la pertenencia de dos personas a un mismo clan totémico les impide cualquier tipo de comercio sexual. Sin embargo, el abordaje del horror del incesto, su función social y de las mociones psíquicas que lo sustentan son desarrolladas claramente recién en el segundo capítulo.

Dice Freud (1912-13) que el tótem es un objeto que fundamenta la superstición de los primitivos respecto de la unión entre el objeto o animal totémico y ellos mismos (106). Pero para tal argumentación debe recurrir a un supuesto psíquico que trabaja en el tercer capítulo, allí desarrolla la cuestión del animismo. Desde la primera infancia los sujetos le otorgan alma a los objetos a modo de un ensayo objetal, a partir de allí se estructuran las primeras relaciones objetales. Las fábulas y los cuentos infantiles abundan en animismo y allí reside el gozo de los niños y niñas al oírlos. Este animismo infantil no pasa sin dejar huella y permanece la mayoría de las veces -con modificaciones psíquicas- hasta la adultez. Es allí donde estriba la importancia del totemismo. La adjudicación de alma a los objetos es la piedra angular del respeto que despiertan posteriormente los objetos totémicos. Aquí se hace necesaria una breve aclaración: las investigaciones antropológicas posteriores a la primacía del evolucionismo como paradigma de las ciencias sociales ha permitido refutar la tesis antropológica freudiana de que los -erróneamente llamados- primitivos permanecen en un estado cuasi-infantil. El animismo se conserva en la vida adulta, no por una cuestión evolutiva de las culturas, sino por los restos inconscientes que este deja en la psiquis. Queda claro, entonces, que la existencia del totemismo depende directamente del animismo infantil.

La concentración de formulaciones psicoanalíticas y las relaciones establecidas entre los temas descritos en el anterior párrafo aparecen sobre el último capítulo de *Tótem y Tabú*. La tesis freudiana del asesinato del padre estriba en el relato darwiniano de la horda primitiva. La contundencia de la idea principal apunta a que en la conflictiva edípica reside el origen de la sociedad, el arte, la religión y, como veremos más adelante, también del estado.

3.1. El asesinato del padre primordial, el banquete y los vestigios inconscientes

En primer término, cabe dejar en claro la noción de tótem que trabaja Freud. Sus apreciaciones de las características psíquicas derivan de las observaciones de uno de sus historiales clínicos y de otro historial que recoge de Sándor Ferenczi¹. Freud retoma los ejemplos de la vida anímica de los niños. La relación que estos tienen con los animales que atraen su atención se da por un mero desplazamiento de la conflictiva edípica en la que el animal permanece en el lugar del padre, es decir, las actitudes ambivalentes que se despiertan en el complejo de Edipo recae en los animales con los que los niños se relacionan.

Estos ejemplos citados en el capítulo cuarto le permiten arribar a una conclusión contundente:

“Si el animal totémico es el padre, los dos principales mandamientos del totemismo, los dos preceptos-tabú que constituyen su núcleo, el de no matar al tótem y no usar sexualmente ninguna mujer que le pertenezca a él, coinciden por su contenido con los dos crímenes de Edipo [...] con otras palabras, conseguiría tornarnos verosímil que el sistema totemista resultó de las condiciones del complejo de Edipo, lo mismo que la zoofobia del pequeño Hans y la perversión de gallinero del pequeño Arpád” (Freud, 1912-13: 134)

El complejo nuclear de la neurosis comienza a tomar parte en el trabajo sobre el totemismo. Aquí aparece como sustento del totemismo infantil en tanto desplazamiento de la conflictiva edípica.

En segundo término, se hace necesario esclarecer la formulación sobre el banquete totémico y su injerencia en lo trabajado anteriormente. Freud extrae de la obra de Smith este concepto histórico que marca principalmente el devenir y las prácticas de las religiones. El banquete totémico es un acto sacrificial, a través de este se le da muerte en un altar al tótem. Lo motiva la reconciliación con el Dios, se busca agradecerle. Matar al tótem y ofrecerlo al Dios.

Sin embargo, el banquete totémico no se celebra en soledad. El comer y el beber con los otros es un símbolo y una confirmación de la pertenencia a una comunidad social, con los otros pares y con el Dios. *“El banquete sacrificial expresaba de una manera directa que el Dios y sus adoradores eran comensales, pero con ello estaban dadas todas las otras relaciones”* (Freud, 1912-13: 137). Sin embargo, es necesario que el lazo que se establece, entre los hombres y con el Dios, a partir del sacrificio y la comida se repita para que su poder no se extinga. El banquete permanece como aporte identitario clave,

pertenecer implica devorar al tótem. Esta co-pertenencia implica un viraje social y psíquico que va desde el yo hacia el nosotros. De pronto, las acciones en favor o en contra de cualquiera de los individuos se traducen en una en favor o en contra de la sociedad toda. Al compartir juntos el banquete los individuos se vuelven carne y hueso del otro. Comparten una sustancia común. Comer y beber nos hace formar parte del Dios mismo, convertirnos en él, asimilar lo divino en el alma mortal.

“[...] la comunidad sacrificadora, su Dios y el animal sacrificial eran una misma sangre, miembros de un mismo clan” (Freud, 1912-13: 138). Sacrificar al tótem se hace necesario, pues sólo de esta forma los individuos pueden formar parte de un lazo sagrado entre ellos y con Dios. Sin embargo, el sacrificio era vivido como un crimen, es decir, es génesis de culpabilidad. A pesar de ello, dicha culpabilidad recaía sobre la tribu entera.

Las primeras relaciones que establece Freud entre el tótem y la figura del padre estriban en sus formulaciones psíquicas, merced de las cuales se desatan los sentimientos ambivalentes tanto para con el padre en el caso del complejo de Edipo como en el del sacrificio del tótem. Inmolarlo implica un clima festivo pues somos con el Dios, pero a la vez la culpa y el llanto se entremezclan entre ofrendas y cánticos.

Se hace necesario hacer ingresar la formulación darwiniana sobre el estado natural de la sociedad humana. La horda primordial liderada por un padre despótico y celoso que reserva para sí todas las hembras de la comunidad se sublevó producto de sus mociones sexuales descargadas en principio en la soledad o a través de comercio sexual homosexual. Los hijos se agrupan para ser más fuertes que el padre, lo asesinaron y - producto del canibalismo paradigmático en las primeras sociedades - lo devoraron. El mito totémico se repite otra vez en los primitivos, lo que también le asegura al psicoanálisis que el complejo de Edipo existe desde tiempos remotos. Pero, ¿por qué los antiguos cometieron el crimen parricida realmente y actualmente no lo hacemos? La respuesta cierra *Tótem y Tabú*. Al principio era la acción, sólo luego con la aparición del lenguaje se produjo la simbolización del asesinato del padre a nivel de la realidad psíquica del neurótico.

Las celebraciones religiosas, en tanto, son las repeticiones de la primera fiesta de humanidad. Este crimen le dio origen a la organización social, las limitaciones éticas, las religiones y también -agregamos nosotros- al Estado moderno.

El complejo de Edipo se erige como ordenador social en tanto permite la representación del asesinato paterno por medio del hijo quien festeja el hecho y a la vez

arrepentido lo aloja en un nuevo espacio psíquico: el padre tirano y celoso ha devenido en padre real. La problemática social se reduce al conflicto con el gran padre.

Todo este movimiento psíquico individual y colectivo ha persistido a lo largo de las generaciones sin que podamos comprenderlo plenamente. Parte del material de esta vivencia de crimen permanece reservada en la conciencia de culpa. Una culpa compartida, ya que inconscientemente todos hemos deseado lo mismo, ocupar el lugar del padre, destronarlo, tomar a su mujer deseada en carne y hacerla propia. Todos estos procesos psíquicos permanecen latentes de generación en generación. No es necesario repetir el asesinato primordial, puesto que todos lo hemos cometido en su momento. La culpa generada nos vincula al padre desde otro lugar. Admirado, envidiado, tirano, con apariencia divina pero a la vez, mortal.

Por último, cabe hacer una aclaración teórica que nos permita argumentar lo anterior. Las neurosis, como dice Freud (1912-13), se caracterizan por prescindir de la realidad fáctica. Aquellos que las padecen ubican a la realidad psíquica por encima de la realidad fáctica (160) Es posible referir como casuística al historial del “*hombre de las ratas*” (Freud, 1918-1914). Su sentimiento de culpa era profundo y poderoso, al punto que lo inhabilitaba en las tareas más simples como caminar por las calles. Mientras lo hacía, cualquier estímulo despertaba las más descabelladas elucubraciones psíquicas. Las tareas diarias se transformaron para él en verdaderas torturas. Cuando comunicaba a sus amigos y familiares sus pensamientos más penosos, estos trataban de convencerlo de que él no tenía injerencia alguna sobre los hechos que le despertaban culpa. Todos se esmeraban por hacerlo caer en la cuenta de su delirio. Sin embargo, su vivencia de culpa era tan real como si él mismo se hubiese manchado las manos con la sangre de su propio padre. En su realidad psíquica permanecía escrito así.

3.2. El superyó cultural

En *El yo y el ello* (1923), Freud plantea un nuevo esquema donde modifica y profundiza el carácter metapsicológico de la teoría psicoanalítica. Introduce su segunda tópica conformada por el yo, el ello y el superyó. Este último es tratado en el texto junto con el ideal del yo como sinónimos. Sin embargo, en la *Conferencia 31* de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1932-33), Freud plantea que el ideal del yo

es una de las funciones del superyó junto con la auto observación y la conciencia de culpa.

Para el médico austriaco, la génesis del superyó es la identificación con los padres, una identificación tan particular y especial que genera una parte diferenciada del yo. Podemos entender que el superyó se forma como una formación reactiva a aquellos primeros objetos incestuosos. Desde esta perspectiva, la incorporación del superyó no es más que la eternización de la ley parental en el aparato anímico. Se expresa como un imperativo categórico y mantiene una relación estrecha con el sentimiento de culpa generado por acciones que alejan al yo de su ideal. La incorporación de la ley en el psiquismo es el resultado de la sedimentación del complejo de Edipo por parte del niño, causa por la cual Freud sentencia que el ideal del yo es el heredero del complejo de Edipo y abogado del mundo interior. En resumen, el carácter especial del superyó reside, por un lado, en constituirse a partir de las primeras identificaciones a los objetos incestuosos y, por otro, en ser el heredero del complejo de Edipo, incorporando la ley.

En “El Malestar en la cultura” (1929-30) Freud genera una profundización del concepto de superyó analizando no solo la variable psíquica de su formación sino la variable cultural de su severidad. La cultura tiene la finalidad de proteger a los individuos en tanto que estos, para Freud, tienen una pulsión de destrucción que busca satisfacerse. La lógica de la cultura es la de coartar dichas pulsiones, abandonando parte de la felicidad individual a cambio de la seguridad y el bienestar. Sin embargo, el pilar en el cual se erige este texto es la pregunta de por qué la cultura y las instituciones que hemos creado en busca seguridad sólo generan malestar.

En busca de una respuesta pertinente, Freud investiga la génesis de la conciencia de culpa. Lejos de caer en una visión moralista, para el autor la conciencia de culpa va más allá de la disputa filosófica del bien y el mal, planteando que cada sujeto considera como malo a todo *“aquello por lo cual uno es amenazado con la pérdida de amor”* (Freud, 1929-30: 120). Ello produce efecto de conciencia de culpa siempre y cuando la autoridad se entere y lo juzgue. No obstante, esto se complica con la instauración del superyó y la interiorización de la autoridad. Ahora no basta con renunciar a la pulsión para escapar de la conciencia de culpa ya que con sólo pensar el superyó puede castigar.

La renuncia pulsional frente a la autoridad interiorizada no hace más que aumentar esa severidad en tanto que la pulsión de destrucción que fue coartada es utilizada por el superyó contra el yo. Es decir, cuánta más renuncia pulsional hay, más severo se vuelve el superyó. Sin detenerse allí, Freud continúa profundizando en su estudio para entender

cuál es la primera agresión. Esta es la agresión vengativa hacia el padre, caracterizada por la gran ambivalencia del Complejo de Edipo.

No obstante, no la puede llevar a cabo por cuestiones económicas y de supervivencia. El mecanismo que usa para llevar a cabo dicha renuncia es uno que conocemos bastante bien: el niño se identifica con el padre, deviniendo ahora el superyó con la misma severidad que el niño tiene para con su padre. Freud concluye que la severidad del superyó se asienta en una agresividad para con el padre o, si lo pensamos de otra manera, esa agresividad contra el padre no es otra que la agresividad que los hermanos de la horda utilizaron para matar al padre primordial. Es decir, hubo un momento en donde dicha moción agresiva hacia el padre no fue coartada sino llevada al acto.

Freud explica que los hermanos tenían una ambivalencia frente al padre. Una vez satisfecha la pulsión de destrucción hacia él surge el arrepentimiento, ya también que lo amaban. Era tan grande su amor que se identifican con él por medio del banquete totémico. Ello hace que el padre subsista en su interior mediante la conformación del superyó. El padre muerto vive en su superyó y los castiga con la misma agresividad con la cual ellos lo mataron. Ahora su padre coloca límites y barreras para que ese crimen no se vuelva a repetir. De este parricidio surge la conciencia de culpa y de la conciencia de culpa surge la cultura.

“Puesto que la cultura obedece a una impulsión erótica interior que ordena a los seres humanos unirse en una masa estrechamente atada, solo puede alcanzar esta meta por la vía de un refuerzo siempre creciente del sentimiento de culpa” (Freud, 1929-30: 128). En el último apartado del malestar en la cultura se plantea que el sentimiento de culpa es el sacrificio que se debe hacer para llevar a cabo el progreso cultural. En cada momento, en cada cultura y en cada comunidad las normas y leyes sociales son diferentes. De esto Freud deduce la existencia de un superyó cultural que se conforma por conductores y personajes históricos que fueron denigrados y hasta eliminados por sus semejantes, ascendiendo a la categoría de divinidad. Estos personajes son la repetición del crimen en la horda primordial.

El superyó, por medio del castigo y la conciencia de culpa, es la instancia que permite la conformación y el desarrollo de la cultura. Como ya se estableció, el complejo de Edipo es la repetición inconsciente y fantaseada del asesinato al padre primitivo. De este modo, si la instancia superyoica se conforma a partir del sepultamiento del complejo

de Edipo, es posible concluir que el asesinato del padre de la horda primordial y su posterior banquete son las bases en la cual se conforma la cultura de la humanidad.

4. La génesis freudiana de la adquisición del Leviatán

Tanto Freud como Hobbes proponen modelos de organización de individuos que serían fundamento del Estado y la cultura. Sin embargo, los hitos de origen son divergentes. Mientras para Freud el inicio de las organizaciones sociales estriba en el asesinato del padre primordial, para Hobbes la cuestión se circunscribe a un pacto entre los individuos.

El padre celoso que tenía el control absoluto de la horda -principalmente de las hembras- fue superado por sus hijos. Los hermanos en exilio decidieron unirse para poner fin al reinado paterno. El padre fue asesinado pero su figura no fue extinguida con la muerte. Por el contrario, el muerto se volvió más fuerte y su tabú se hizo más poderoso. En términos psicológicos, la explicación freudiana nos dice que el odio que los hijos tenían contra el padre devino en angustia luego del acto. Se conforma así una conciencia de culpa que Freud denomina “obediencia con efecto retardado” (Freud, 1912-13: 145). En el Leviatán, por su parte, lo que encontramos es la conformación del Estado de forma racional, mediante acuerdos y pactos que los individuos establecen entre sí. Dicha racionalidad confronta con la idea freudiana puesto que deja de lado la emergencia pulsional, los lazos libidinales y la injerencia de las instancias psíquicas.

Más allá de las diferencias planteadas, hay un interesante punto de contacto entre las formulaciones de Hobbes y de Freud. El Estado por adquisición tiene lugar por medio del ejercicio de la fuerza. Se somete al que se teme y se le otorga el poder al individuo que se impone a cambio de salvar sus vidas. Vemos en este estado por adquisición una fase previa a la organización de la horda primordial. Tanto el padre como el individuo hobbesiano instituido con poder son violentos. Tanto la horda como los súbditos le temen. Y vemos en este temor uno de los fundamentos psíquicos del Estado.

4.1. El superyó cultural y el Leviatán

Como quedó establecido anteriormente, la figura del Leviatán resume un poder total que se forma a partir de la cesión de la libertad individual. Dice Hobbes:

“El poder soberano (...) es tan grande como quepa imaginar. Y aunque de un poder tan ilimitado puedan los hombres imaginar que se derivan muchas consecuencias malas, las consecuencias que se derivan de la falta de él, que es la guerra perpetua de cada hombre con su vecino, son mucho peores” (Hobbes, 1621: 283)

Vemos como Hobbes plantea que este ente totalizador es el factor aglutinante del estado moderno. Sin el hiper-poder del Leviatán la sociedad cae en un período de guerra civil permanente. Si desde Hobbes el Leviatán es el factor aglutinante, para Freud este rol es ocupado por el superyó: su ente totalizador.

En el *Malestar en la cultura* Freud nos dice que la conformación de este superyó es subsidiaria de la forma singular del asesinato y de la posterior elevación a divinidad. Es decir, las diversas culturas comparten la fantasía de asesinato. Sin embargo, cada una ha matado a su propio padre. En este sentido, no hay para Freud un Leviatán sino tantos como culturas en el mundo. Los dos entes totalizadores -Leviatán y superyó- tienen una injerencia en la vida del Estado moderno y de la cultura. La diferencia estriba en que, en el caso de Hobbes, existe una figura representante, mientras que el superyó es la introyección de la figura del padre asesinado.

En *Tótem y Tabú*, Freud recurre a una hipótesis darwiniana para explicar el funcionamiento psíquico en el devenir del complejo de Edipo. El fin de este está signado por la prohibición del incesto y es el que establece los fundamentos de la exogamia. De esta manera, la asimilación de la función del padre es la repetición inconsciente del banquete totémico. Por lo tanto, el estado por adquisición está fundado en la instancia superyoica. Es decir, tanto el Leviatán como el superyó son definidos como entes totalizadores. Sin embargo, nos parece necesario conceptualizarlos como uno solo. La violencia, el temor y la angustia son los factores que permiten el establecimiento de un ente único que reúne las características de ambos: El estado.

4.2. La conformación del Estado a partir de los vestigios inconscientes

Todo lo planteado anteriormente nos lleva a hipotetizar que el Estado moderno tiene sus bases en determinadas represiones psíquicas. Dichas representaciones tienen origen en los avatares de la conflictiva edípica. A su vez, estas representaciones -tanto ontogenética como filogenéticamente- son las que conceptualizamos como vestigios inconscientes. El material psíquico resultante de la conflictiva edípica es uno de los

fundamentos del Estado moderno. El padre asesinado e introyectado es una característica indispensable para el establecimiento del Estado en lo psíquico.

El lugar del padre² dentro del psiquismo cumple un rol imprescindible para el Estado en tanto meta-institución, entendiendo que el lugar del padre es el primer acceso a la ley dentro del psiquismo. Sin dicha ley no hay estructuración psíquica que permita la introducción del Estado.

Nuestra perspectiva difiere claramente de la de Hobbes en el siguiente punto: para él el Estado somos todos, en tanto que cedemos parte de nuestra libertad a ese gran ente totalizador que limita y ordena nuestra vida social, brindando seguridad. Para nosotros, el Estado está en todos, dado que introyectamos la ley y es esta la que permite la vida en sociedad.

El estado moderno hobbesiano parte de la premisa de un sujeto que libremente acuerda con otros para conformar el estado. Nosotros, en cambio, adherimos a la concepción de un sujeto que no es libre. Se trata de un sujeto sujetado, atado a por las cadenas del inconsciente y el lenguaje. El análisis de Hobbes sobre la conformación del estado permanece ubicado en una topología consciente, mientras que en este trabajo hemos intentado resaltar el viraje freudiano para entender que el estado tiene sus sustentos en los vestigios inconscientes.

5. Conclusión

Como Freud planteó en “La interpretación de los sueños” (1900), lo inconsciente nos es ajeno. Con este trabajo esperamos haber hecho propio lo que aparentemente es ajeno: el estado. En este sentido, Hobbes permanece en una teorización del Estado como producto de conflictos conscientes. Sostenemos que el estado no escapa a la dinámica inconsciente del psiquismo. El Estado es parte de nosotros puesto que está fundamentado en los vestigios inconscientes.

Por una parte, a partir de esta investigación han surgido nuevos interrogantes. Nos preguntamos qué lugar ocupa en los fundamentos del estado la dimensión libidinal. Nos es desconocido, por ahora, el tipo libidinal por el cual se catectiza el Estado. Por otra parte, nos interrogamos acerca de las consecuencias que el liberalismo y neoliberalismo han tenido en la meta-institución Estado. El impacto de la ideología neoliberal y la supremacía del mercado por sobre el estado ha impactado en la cultura y en las diversas

instituciones. Cabe preguntarse entonces, ¿cuáles son los fundamentos psíquicos del Estado en tiempos de modernidad líquida³ y neoliberalismo?

Notas

1. Citado por Freud (1912-13: 133)
2. En este punto queremos ser claros. Hablamos de *lugar del padre*, entendiendo que este puede ser ocupado por cualquier adulto/a significativo/a para el niño/a.
3. Cf. Bauman, 2000.

Referencias bibliográficas

- Bauman, Z. (2000) *Modernidad Líquida*, México: Fondo de la Cultura Económica [2015]
- De la Fabián, R. (2014). “De la irreductible presencia del salvaje hobbesiano en la obra de Sigmund Freud”, *Revista de Filosofía Aurora* vol. 26, pp 15-37.
- Freud, S. (1900). *La Interpretación de los Sueños*. Tomo VI. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. [2011]
- Freud, S. (1912-13). *Tótem y Tabú*. Tomo XIII. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. [2011]
- Freud, S. (1918-14). *De la historia de una neurosis infantil*. Tomo XVII. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. [2007]
- Freud, S. (1921). *Psicología de las Masas y análisis del Yo*. Tomo XVIII. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. [2011]
- Freud, S. (1923). *El yo y el ello*. Tomo XIX. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. [2007]
- Freud, S. (1929-30). *El malestar en la Cultura*. Tomo XXI. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. [2011]
- Freud, S. (1932-33). *Nuevas conferencias de introducción al Psicoanálisis*. Tomo XXII. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. [2011]
- Hobbes, T. (1651). *Leviatán*. Madrid. Gredos [2012]
- Ilivitzky, M. (2019). “En torno a El malestar en la cultura. Perspectivas filosófico-políticas sobre Freud”, *Serie Documentos de trabajo de UCEMA* nro. 691, pp 1-22.
- Reano, A. (2009). “Thomas Hobbes y Sigmund Freud: pesadores del (des)orden”, *Foro Interno* vol. 9, pp 111-128.

Juan Cruz Klor

juancruzklor@gmail.com

Nació en Córdoba el 4 de febrero de 1999, es Estudiante de la Licenciatura en Psicología de la Facultad de Psicología en la Universidad Nacional de Córdoba. Ayudante alumno de la Cátedra B de Problemas Epistemológicos en la misma casa de estudios.

Sebastián Matías Figueroa

figueroasebastianm@gmail.com

Nació el 5 de mayo de 1994, es Estudiante de la Licenciatura en Psicología de la Facultad de Psicología en la Universidad Nacional de Córdoba. Ayudante alumno de la Cátedra B de Problemas Epistemológicos en la misma casa de estudios. Se interesa principalmente por los estudios que vinculan al psicoanálisis con nuevos discursos sobre género y diversidad.